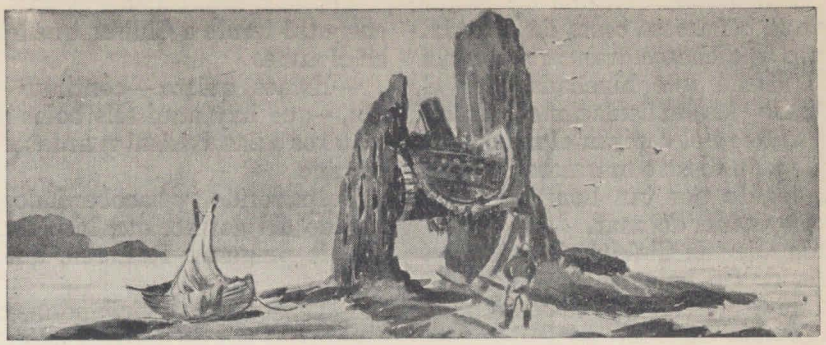

LOS TRABAJADORES DEL MAR

VICTOR HUGO es un novelista de fama universal y su nombre figura entre los más ilustres en los anales literarios de Francia. Aunque *Los Trabajadores del mar* no sea una obra maestra, es la más adecuada para nuestro libro, como interesantísima historia de heroicos sacrificios. Escribióla el autor en su destierro de las islas del Canal de la Mancha.

VIVÍA en la ciudad de Saint-Sampson, en la isla de Guernesey, un viejo marino llamado Lethierry. El encanto de su vida, su principal y único cuidado estaba cifrado en su bellísima sobrina, Deruchette, cuyo porvenir aspiraba a hacer tan dichoso como lo consintiera su honrado trabajo.

Hombre de fuerza nada común, acostumbrado durante toda su vida a los más rudos ejercicios corporales, y dedicado a la fatigosa tarea de construcción de buques, habíase encontrado a los cincuenta años con que no podía ya levantar con una sóla mano su yunque de ciento cincuenta kilos. Esto le hizo comprender que no era ya tan joven y vigoroso como antaño y que no debía perder tiempo en reunir cuanto antes una pequeña fortuna para su sobrina.

No era solamente maese Lethierry un hombre de valor, como había probado por espacio de mucho tiempo luchando con el furor de las olas, sino que, dotado también de muy buen sentido, se le ocurrió una nueva idea, para cuya realización valiente y arrojada, estaba dispuesto a gastar hasta el último céntimo que poseía.

Imaginó, pues, dedicarse por completo a la construcción de un buque de nuevo género que en vez de moverse como los que construyera antes, por medio de las velas, lo haría mediante una extraña máquina que funcionaría por la acción del vapor. De esta suerte día tras día, en su astillero de Saint-Sampson, dedicó toda su destreza y consumió todo su dinero en la construcción de un nuevo buque; y cuando, por fin, llegó el poderoso ingenio y fué colocado en su sitio, sintióse tan lleno de cariño hacia la *Durande*, que con este nombre fué bautizado el buque, como el que sentía por su adorable sobrina Deruchette.

Y llegó por fin el gran día, y con estrepitoso ruido y echando bocanadas de humo, a modo de un pequeño volcán que hubiese entrado de pronto en actividad, y con unas ruedas que se les antojaban monstruosas aletas a los sencillos pescadores que nunca habían visto buque semejante, comenzó la *Durande* su nueva vida de vapor costero; y como podía admitir mucha más carga que los antiguos barcos costeros y hacía la travesía de puerto a puerto en menos tiempo, la *Durande* obtuvo el mejor éxito desde el primer viaje.

Con esto volvieron los días más felices de maese Lethierry, el cual se creía el más venturoso de los mortales, cuando a bordo de su poderoso vapor cruzaba por los puertos de las islas del Canal o a través de las aguas, a menudo peligrosas,

de la vieja ciudad pirática de Saint-Malo, en la peñascosa costa de Francia. Prósperos y dichosos trancurrieron así los años hasta que hinchadas por el reumatismo las articulaciones de su cuerpo, entregó el capitán el mando de su buque a un diestro marinero llamado Clubín, tenido por tan honrado como hábil en las cosas del mar.

La honradez de Clubín, sin embargo, dependía de no haberse presentado la ocasión de demostrar que tenía alma de pícaro. Había esperado pacientemente que surgiera la oportunidad de enriquecerse a costa de su amo y dedicarse luego con su dinero mal ganado o otra ocupación más placentera que la de navegar por las tempestuosas aguas del Canal. Para ayudarse, llegado el caso, poseía una curiosa invención de América, que un hombre le había vendido, en forma de revólver. Y así esperaba el día en que pudiera dar su golpe maestro.

Clubín dejó fondeada la *Durande* en Saint-Malo. Había llegado la hora de dar el golpe para adquirir fortuna. Armado del revólver salió de la ciudad y se encaminó a un bosque situado a cierta distancia y limitado por el borde de un alto acantilado que proyectaba su sombra sobre las aguas del Canal.

VILLANO GOLPE MAESTRO EN UNA GRAN JUGADA PARA HACER FORTUNA

Desde el borde del acantilado vió a un guardacostas que vigilaba un buque fondeado a corta distancia de la playa. Del costado del buque, partió al remo un bote en dirección a la orilla. Mientras el guardacostas permanecía vigilando, deslizóse por la roca, silencioso como un gato, un alto y fornido marinero, y descárgandole un violento golpe en la espalda, envió al descuidado guardacostas de cabeza al mar. El asesino se quedó tranquilamente mirando los rizados círculos que formaba el agua en el lugar donde había desaparecido el cuerpo de la víctima, mientras Clubín, saliendo de su escondrijo bajaba quedamente, revólver en mano.

—Acabáis de matar a un hombre, Rantaine,—exclamó con toda calma.

Volvióse rápidamente el asesino y se encontró frente a Clubín, que le encaraba el arma.

—Estaos quieto,—continuó el capitán,—que hay aquí seis balas y puedo mataros o dar aviso al guardacostas más cercano.

Despavorido y acobardado por el crujido del gatillo, que hizo sonar Clubín, le preguntó Rantaine qué quería de él.

—Ayer os estuve vigilando,—exclamó Clubín con voz de irritante calma, mientras os hallabais en casa de un cambista que os entregó tres billetes de Banco inglés de mil libras esterlinas cada uno a cambio de setenta y seis mil francos. Ese dinero se lo habéis robado a maese Lethierry; os entendisteis con el capitán de ese buque para poder escapar. Lleváis los billetes en vuestra petaca. Esto no lo podéis negar. Venga la petaca.

EL DIAMANTE RAYA AL DIAMANTE, O DOS BRIBONES Y TRES MIL LIBRAS

Ni por un segundo dejó Clubín de apuntar con el revólver al otro pícaro, y por más que Rantaine protestaba de que era inocente de todo lo que le decía como pudiera serlo un niño, acabó, al fin, por hacer lo que se le mandaba. Seguro ya Clubín de tener en su poder los billetes dijo:

—Podéis marcharos; vuestro bote está ahí cerca.

El chasqueado bribón se deslizó por el peligroso acantilado. Ya en el bote, volvióse para decir que escribiría a Lethierry enterándole de que había pagado sus tres mil libras a Clubín. Este no le escuchó y regresó tranquilamente a Saint-Malo. Había salido ganancioso en la primera partida de su magnífico juego.

Por la noche el capitán de la *Durande* comenzó los preparativos para zarpar a la mañana siguiente, a pesar de que los marineros creían que sería un día de niebla, y lo sabía él, como todos. Sin embargo, al salir del puerto la *Durande*, el cielo aparecía tan brillante, y tan tranquilo estaba el mar, que semejaban locura las profecías de niebla.

EL CAPITÁN DE LA DURANDE SE PREPARA PARA LA SEGUNDA PARTIDA DE SU JUGADA

Hacía algunas horas que navegaba el vapor y confiaban los pasajeros en que terminaría el viaje tranquilamente y sin novedad, cuando se advirtió de pronto en el horizonte un banco de niebla, que fué aumentando hasta que el buque quedó en su avance engolfado en él, sin que por eso se moderase la velocidad. La *Durande* seguía avanzando. Había cundido a bordo un profundo sentimiento de malestar, al oir cómo el maquinista le decía a su ayudante. « Esta mañana, cuando hacía sol, íbamos a media máquina y ahora que nos hallamos en medio de la niebla me mandan ir a toda velocidad ».

Pocos momentos después el vapor chocaba contra una enorme roca. La *Durande* había saltado del agua y ella misma se había atravesado en el pico de un extraño montículo que se elevaba en el mar. Mientras todo era confusión y desorden a bordo, el capitán permanecía sereno y recogido. Echóse un bote al agua, y los pasajeros y la tripulación se precipitaron en él.

EL NAUFRAGIO DE LA DURANDE EN LA NIEBLA EN EL CANAL

—¡Largo!—grito el capitán, al mismo tiempo que daba prisa a los últimos para que saltasen al bote. Yo me quedo; cuando el barco se pierde el capitán debe perecer también.

Poco podían pensar los pasajeros y la tripulación que su salvamento en aquel frágil esquife fuera la segunda partida que jugaba Clubín para hacer fortuna, y poco sospechaba él que no le había salido la cosa como pensara. Su plan era llevar la *Durande* sobre un grupo de rocas a una orilla de la playa, y nadando, desde aquella distancia, cosa fácil para él, ganar la parte desierta de la costa. Se procuraría vestidos en cualquier granja y luego se dirigiría a algún puerto distante, para escapar con las tres mil libras esterlinas.

Hubo de experimentar, pues, un terrible desengaño cuando, durante un momentáneo despejo de la niebla, descubrió que el buque había chocado contra los terribles escollos de Douvres, a treinta y cinco millas de la costa. Consólose, sin embargo, en su desesperación, pensando que pasaban por allí con frecuencia los contrabandistas, y podría entenderse con ellos, sin demasiadas preguntas si les pagaba bien.

Como la niebla se desvanecía gradualmente, Clubín quiso hacerse cargo de su situación y resolvió ganar la cima de la roca. Para ello necesitó echarse al mar y nadar hacia el arrecife.

LAS ROCAS DE DOUVRES Y LA SENTENCIA DEL MALVADO CAPITÁN

Despojándose de la mayor parte de sus prendas y ciñendo un cinturón alrededor del talle con la preciosa petaca, sumergióse en el mar. Había mucho fondo, y él braceó bien, pero de pronto se sintió cogido por un animal extraño en cuyas garras había de hallar la muerte.

La tripulación y los pasajeros llegaron a salvo, por la noche, a Saint-Sampson, y fué inmensa la consternación al saber que la *Durande* había naufragado en los escollos de Douvres. Lethierry no acababa de convencerse de su ruina. Hallábase atontado, como si hubiese perdido la razón. El patrón de una falúa que acababa de llegar contaba que había visto el vapor naufragado, y esperando a que cesara la tempestad, reconoció que había sido lanzado a lo alto entre los dos gigantescos pilares de las rocas de Douvres. No vió señal alguna de Clubín. Añadió que el casco hallábase destrozado, pero que la máquina estaba intacta.

Por un momento recobró los ánimos el viejo Lethierry, al saber que se había salvado la máquina; pero sólo por un momento. Conocía harto bien la terrible naturaleza de aquellos escollos, su corto espacio, y el trabajo increíble que sería menester para sacar la máquina de entre andamios y tablones.

—No, la cosa es imposible,—dijo el capitán de la falúa como si leyera los pensamientos de Lethierry.—Es imposible que haya un hombre que vaya a aquellas terribles rocas y salve la máquina de la *Durande*.

EL PESCADOR QUE QUIERE BATALLAR CON EL MAR PARA SALVAR LA MÁQUINA DE LA DURANDE

« Si existiera ese hombre,—exclamó Deruchette, que procuraba consolar a su tío,—yo me casaría con él ».

« ¿Os casaríais con él, señorita? »—murmuró un fornido mozo que se había acercado desde fuera del corro hasta colocarse ante ella. Era un pescador llamado Gilliatt, y se expresó con tal tranquilidad y resolución que todos hubieron de encontrar aquello extraño.

No perdían de vista las personas a maese Lethierry, quien con gran solemnidad declaró que Deruchette sería esposa del que lograse salvar la máquina.

A la noche siguiente hablaban los pescadores y torreros de un loco a quien habían visto gobernar una balandra, recientemente construída, a través de los pasos más peligrosos por entre los arrecifes. Tratábase de Gilliatt que se había decidido a ganar el premio que realizaba sus más desvariados sueños. Partió para las rocas de Douvres y tomó por el camino más corto, despreciando peligros y exponiéndose a perder en un momento su batalla con el mar.

Sumido en la negrura de la noche surcó aquellas aguas como nunca se hubiese atrevido nadie, y al rayar el alba hallábase ya Gilliatt con su balandra en las feas y desoladas rocas de Douvres. Los dos gigantescos pilares de granito sostenían en lo alto el quebrado buque como una nuez en su cáscara; pero Gilliatt no tenía tiempo para maravillarse mirando aquello. Amarró su embarcación, saltó a tierra y trepó hacia el buque naufragado.

DE CÓMO GILLIATT COMIENZA SU BATALLA CON EL MAR EN LAS ROCAS DE DOUVRES

El examen demostró que la popa, con su preciosa maquinaria y las ruedas de paletas, se hallaba intacta y se sostenía firmemente entre las rocas saledizas, mientras la proa estaba quebrada y hundida en el mar. Rápidamente el bravo pescador marcó su situación y echó sus planes.

Una gran dificultad se le ofrecía, y era encontrar un abrigo donde su balandra pudiera hallarse segura. Al llegar el reflujo, había comunicación entre su barco y el lugar del naufragio, saltando de roca en roca, pero en la alta marea quedaba cortada toda conexión; y como le era imposible albergarse en el vapor, tuvo que escoger la cima del más elevado de los dos pilares para refugiarse durante la pleamar, a cuyo objeto lanzó desde el buque naufragado su cuerda con nudos, que fijó por medio de un gancho en lo alto de la roca.

La primera noche durmió en una caverna de aquel peñón y se encontró al rayar el día con que su provisión de víveres se había sumergido en el mar, mas no por eso se desalentó, y después de alimentarse con algunos mariscos, se entregó desde luego a su tarea.

EL TRABAJADOR DEL MAR, Y DE CÓMO AGUZÓ SU INGENIO CONTRA LA NATURALEZA

En una de las cuevas aparejó Gilliatt una tosca fragua con piedras y material del naufragio; porque no era solamente pescador, sino que estaba dotado por la naturaleza de todos los recursos e inventivas del ingeniero. Su vida de pescador y marinero, desempeñando siempre los cargos más humildes, no impedía que desplegase ahora, ante el naufragio, la invención de los más ingeniosos medios, a pesar de la carencia de herramientas adecuadas; pero lo que le animaba, sobre todo, para realizar la gran tarea que se había impuesto, era la esperanza de que fuese novia suya la muchacha más linda de Guernesey.

Con el vigor de un gigante y la industria del que pugna por salvar su vida, proseguía Gilliatt su labor día por día, sosteniéndose tan sólo con los mariscos que arrancaba de las rocas. Trozo a trozo fué sacando las paletas de las ruedas, que depositó cuidadosamente en su balandra. Con toscas sierras y escoplos, improvisados con objetos del naufragio, extrajo las cuadernas y tablas de la *Durande* hasta quedar al descubierto el precioso ingenio.

Sentado en las rocas, con los brazos cruzados y animoso el semblante, reflexionaba sobre la tarea más grande

que tenía que realizar. ¿Cómo transportar la máquina desde el vapor naufragado a una balandra? ¿Cómo levantar aquella masa enorme y depositarla luego a bordo de su embarcación? El empeño hubiera podido ser fácil, contando con poderosas herramientas; de otra suerte, la obra tenía que ser una maravilla de la ingeniería.

LOS TRABAJOS DE UN TITÁN Y CÓMO LOS LLEVÓ A CABO UN PESCADOR

Fueron de gran utilidad cuatro grandes vigas de madera, salvadas del naufragio. Atándolas por medio de un cabrestante consiguió hacerlas servir de cuña entre los dos pilares de roca, encima de los restos del buque. Formaban como unas jácenas a través de un techo, y de cada una pendía izada una polea. El movimiento de estas poleas se verificaba por cuatro agujeros practicados en la cubierta de estribor y otros cuatro en la de babor, y otros ocho agujeros correspondientes a ellos en la quilla. Pasaban por los agujeros de cubierta sendos cables, los cuales bajaban hasta la quilla y pasaban luego por debajo de la carena, siendo luego llevados arriba, al lado opuesto, y detrás de las poleas izadas. Las cuatro poleas con un cable quedaban reunidas en un punto de las vigas, y funcionaban como una sola, de suerte que con un solo brazo se podía gobernar el conjunto.

La heroica faena del pescador distaba mucho de quedar terminada, aunque su obra fuese digna de un titán. Más de dos meses estuvo trabajando en su ruda y extraña tarea. Si hubiera podido verse, no se hubiese reconocido: tan terriblemente había cambiado en su labor marítima. La barba había crecido, eran largos sus cabellos, todo él estaba lleno de heridas y contusiones. No tenía más alimento que los mariscos, ni más agua que la de la lluvia y el rocío, que recogía en las grietas. Mordíale el hambre de continuo; la sed le abrasaba la garganta, y en todo tiempo padecía de frío.

DE CÓMO FUÉ SACADA LA MÁQUINA Y EMBARCADA EN LA BALANDRA

Sólo el hecho de que Gilliatt poseyera una inteligencia tan superior a la de un pescador ordinario explica cómo había podido aceptar su terrible tarea. Los sufrimientos que había soportado, hora por hora, hubieran rendido al más valiente; y en su desigual batalla con el mar, tan sólo la ansiedad del inventor por ver realizado su plan le había ayudado en su empeño, con la esperanza de poder un día regresar a Saint-Malo, hecho un hombre notable por su proeza, y teniendo por esposa a la joven más encantadora de Guernesey. Estos pensamientos le animaban en su obra, y le prestaban ardimiento para el trabajo, redoblando sus fuerzas y estimulando su actividad para alcanzar el premio, que ya estaba cercano.

Sólo a costa de titánicos esfuerzos pudo fijar una serie de grandes pernos en la roca, a los que sujetó las inmensas piezas del buque náufrago, formando una especie de enorme puerta a través del estrecho desfiladero de los dos pilares de roca; y entonces fué cuando se aventuró Gilliatt a sacar la balandra del seguro abrigo en que la había dejado para llevarla a la peligrosa posición debajo de los restos de la *Durande*. El plan consistía ahora en guiar la gran masa de la máquina y la tablazón, que estaba suspendida por los cables, de las vigas, a la cubierta de su espaciosa y vacía balandra.

Difícil es referir el estado de su ánimo; por un momento creyó que todo el resultado de su ingenio y su destreza sería el irse a pique la balandra; pero con grande alegría, cesaron de chirriar las tirantes poleas, los cables se aflojaron y la máquina quedó depositada en salvo dentro de la embarcación.

LA ÚLTIMA GRAN BATALLA DE GILLIATT CON LAS OLAS Y LOS VIENTOS

Gilliatt permaneció un momento contemplando con satisfacción el éxito que acababa de coronar los esfuerzos de su mente y de sus manos. De pronto agitáronse violentamente las aguas y levantóse el viento, anunciando el comienzo de la tempestad por largo tiempo demorada. Una vez más tuvo Gilliatt que demostrarse a sí mismo ser un trabaja-

dor gigantesco. Su primer cuidado fué mantener firme la puerta del desfiladero y amarrarla con cadenas y cuerdas. Luego nadando y vadeando de una a otra roca, aquella parte del mar, levantó por medio de tablones y cadenas un tosco rompeolas, de suerte que si estallaba la tempestad, en todo su furor, sobre las rocas de Douvres, su balandra con la preciosa máquina a bordo quedase, cuando menos, protegida por la puerta del desfiladero y el tosco rompeolas.

Cuando por fin desencadenó la tempestad sus poderosas fuerzas de viento y de lluvia y el relámpago iluminó las rocas de Douvres, hubiera podido verse la selvática y trágica figura de un hombre batallando con ella. Veinte largas y terribles horas tuvo que luchar Gilliatt con la furia brutal de los elementos. Luego, echando mano de algunos restos del naufragio, levantó una barrera en el otro extremo del desfiladero, y desgajando con una viga un macizo trozo de roca, y haciéndolo precipitar en las hirvientes aguas, pudo salvar de la ruina el rompeolas.

Cesó por fin la tempestad casi tan repentinamente como había comenzado. Lucía sobre su cabeza el cielo azul: Gilliatt había ganado una batalla contra las olas y los vientos. Entonces se echó sobre la cubierta y quedóse dormido, rendido por la fatiga, hasta que, despertando acosado por el hambre, pensó más en remediarla que no en regocijarse por el feliz resultado de sus trabajos.

EXTRAÑA AVENTURA EN UNA MISTERIOSA CAVERNA DEL MAR

Ciñóse el cinturón, dejó su barca y saltó al pilar menor, donde vió un enorme cangrejo sobre una gran roca. Sujetó el cuchillo entre sus dientes, arrastróse hacia allí, y con profunda sorpresa se encontró en una vasta caverna que se abría encima del basamento.

Era un fantástico y misterioso lugar, cuya existencia no había sospechado durante los días que llevaba en el peñón. En el centro había un extraño estanque de agua verde y fría, y se despredían de la bóveda grandes estalactitas. Todo alrededor estaba lleno de tallos y zarcillos de extraña vegetación marina. Era el lugar más propio para infundir silencioso terror en el corazón del hombre más valiente; pero Gilliatt no temía nada, y su hambre le movía a buscar el cangrejo que se había escapado.

Vadeó el sombrío estanque verde, y ya llegaba a la hendedura de la roca en que el cangrejo había desaparecido, cuando de pronto se vió cogido el brazo por algún ser viviente.

Alrededor de su desnudo brazo se había enroscado una cosa retorcida, áspera, fría y viscosa. Arrollóse luego alrededor de su pecho, poniéndose tirante como una cuerda. Trató Gilliatt de echarse algo atrás, pero se encontró con que apenas podía moverse; aquella cosa que le retenía preso era flexible como una correa, fuerte como el acero, fría como el hielo.

EL PESCADOR PELEA CON EL PULPO GIGANTE

Entonces, de la grieta de la roca de donde había surgido aquella cosa extraña, salió otra, que se agarró a su piel por innumerables puntos planos y redondos que le chupaban como otras tantas bocas, causándole un angustioso dolor.

Y así fueron saliendo de la grieta otra y otra de aquellas horribles correas vivientes, que no le dejaban esperanza de salvación, y se le adhirió una quinta antes de que pudiera distinguir débilmente la espantosa forma del monstruo, con sus dos grandes ojos en medio de su corto y blandujo cuerpo. Se hallaba en las garras de un gran pulpo, o pez-diablo, como le llaman a veces los ingleses.

Sus tentáculos mantenían inmovilizado su brazo derecho y avanzaba hacia él con sus mandíbulas en forma de picos de loro, y prontas a clavársele en el costado. Iban a llegar a su fin Gilliatt y sus planes; pero con un rápido movimiento de su mano libre, con la cual empuñaba su cuchillo, cercenóle la cabeza al extraño animal, sintiendo inmediatamente cómo se aflojaban sus tentáculos.

Estaba libre e iba a escapar de aquella

terrorífica caverna, cuando echó de ver medio esqueleto bajo un montón de conchas de cangrejo, un esqueleto con un cinturón de cuero alrededor del talle. Lo examinó y sacó del cinturón una petaca de hierro que contenía unos pequeños trozos de papel.

LA PETACA QUE HALLÓ GILLIATT EN LA CAVERNA DE DOUVRES

Eran tres billetes de a mil libras esterlinas. ¡He ahí cuál había sido el final de Clubín! El cuchillo de Gilliatt le había servido a éste para escapar a la misma horrible muerte.

Dos días despues al oscurecer, llegaba Gilliatt a Saint-Sampson y atracaba su balandra cerca de la casa de maese Lethierry. Traía todo cuanto se esperaba. Había realizado lo que todos tenían por imposible. Había sufrido, pero había ganado. Nadie tenia aún conocimiento de su llegada. Fuése quedamente a asomarse al jardín donde pensaba ver a Deruchette. Allí estaba, pero no sola. Con ella se hallaba un extranjero que la estrechaba en sus brazos, y ella parecía amarle. El pobre Gilliatt vió aquello y se marchó sin pronunciar una palabra.

No puede describirse la alegría de Lethierry cuando al día siguiente vió salvada la preciosa máquina de la *Durande*. Parecía volverse loco. No sabía cómo agradecérselo a Gilliatt. El hombre que salvara la máquina tendría la mano de Deruchette; lo prometido era deuda y así se lo manifestó. Ignoraba, sin embargo lo que Gilliatt había visto, y no comprendió cómo el joven pescador le respodía: « ¡No! »

Poco después se casaba Deruchette con el hombre a quien Gilliatt había visto en el jardín. Embarcáronse en Saint-Sampson y hallándose sobre cubierta para dirigir el último adios a la vieja ciudad, díjole la novia a su marido: ¡Mira! Parece que hay un hombre en lo alto de aquella roca.

ÚLTIMA VEZ QUE GILLIATT VE A DERUCHETTE, Y FINAL DE TODO ESTO

Había, en efecto, un hombre sobre la roca, donde permanecía inmóvil. Gilliatt había salido del puerto en su balandra, y miraba ansiosamente el lindo rostro de Deruchette. Hacía mucho rato que se hallaba allí en una especie de silla natural, excavada en la roca por la acción de las olas y que durante el flujo quedaba cubierta por el agua. Gilliatt, en sus pasados días de ensueño y de ilusiones, allí, soñando, se había sentado con frecuencia, hasta que la alta marea le bañaba los pies.

El mar subía también a la sazón; las olas llegaban a la cintura del hombre hacia el cual había Deruchette llamado la atención de su marido. El agua cubríale casi los hombros, pero sus ojos permanecían fijos mar adentro, donde el buque se iba empequeñeciendo. Relumbraba una extraña luz sobre los profundos y trágicos abismos. Allí estaba esperando Gilliatt la melancólica decisión de su destino, harto diferente de los sueños que había acariciado.

El buque se redujo a un punto en el horizonte, y al desvanecerse a lo lejos, desapareció tambien la cabeza de Gilliatt. Nada se veía sino el mar resplandeciente.